

EL ESPÍRITU SANTO Y LA FORMA DE LO CRISTIANO.
RELECTURA DE *LA UNIDAD EN LA IGLESIA*
DE JOHANN ADAM MÖHLER

JOSÉ RAMÓN VILLAR
UNIVERSIDAD DE NAVARRA
PAMPLONA

“Cristo envió de parte del Padre al Espíritu Santo, para que llevara a cabo desde dentro su obra salvífica e impulsara a la Iglesia a extenderse a sí misma. El Espíritu Santo obraba ya, sin duda, en el mundo antes de que Cristo fuera glorificado. Sin embargo, el día de Pentecostés descendió sobre los discípulos para permanecer con ellos para siempre” (CONCILIO VATICANO II, Decr. *Ad Gentes*, n. 4).

“El Espíritu Santo, que habita en los creyentes y llena y dirige toda la Iglesia, es quien realiza la admirable comunión de los creyentes, y tan estrechamente los une a todos en Cristo, que Él es el Principio de la unidad de la Iglesia” (CONCILIO VATICANO II, Decr. *Unitatis redintegratio*, n. 2).

I. LA UNIDAD EN LA IGLESIA

La Unidad en la Iglesia, o el principio del catolicismo en los Padres de los tres primeros siglos (1825) respondía al siguiente interrogante: ¿cuál es la realidad íntima de la Iglesia? La respuesta es: la unidad¹. La unidad es “el

¹ Estas páginas sobre la obra de Möhler presuponen el análisis general que el lector puede encontrar en la Introducción a la edición española de *La Unidad*. Ahí se tratan también los “límites” del libro, que no podemos abordar ahora: J. A. MÖHLER, *La Unidad en la Iglesia*. Trad. de D. Ruiz Bueno (†). Ed., introd. y notas a cargo de P. Rodríguez y José R. Villar (“Biblioteca de Teología de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra n. 22”), ediciones Eunata/Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra (Pamplona 1996). Citamos haciendo referencia a la numeración marginal de párrafos de la edición. La española se basa en la edición crítica de J. R. Geiselmann: J. A. MÖHLER, *Die Einheit in der Kirche oder das Prinzip des Katholizismus. Dargestellt im Geiste der Kirchenväter der drei ersten Jahrhunderte*. Herausgegeben, eingeleitet und kommentiert von Josef Rupert Geiselmann (Köln-Olten 1956) 2 tomos. Resulta

principio del catolicismo” que Möhler descubre “en el espíritu de los Padres de los tres primeros siglos”.

La Unidad fue ocasión de una profunda conmoción para su autor. En carta a su amigo Lipp Möhler la considera una “conversión” interior e intelectual: “El estudio serio de los Padres ha removido en mí muchas cosas; en ellos he descubierto un cristianismo tan vivo, cristiano y lleno...”². En los Padres encuentra lo que llama en su obra el principio “místico” que anima la vida de la Iglesia y de sus miembros, a saber, la vida de comunión en el amor. Esta vida es el germen interior puesto en las almas cristianas por el Espíritu Santo; una semilla que crece dinámicamente “de dentro afuera”, desde la realidad interior a la exterior, esto es, a la formación de un cuerpo o estructura visible, jerárquica y jurídica. Ese movimiento “de dentro afuera” se refleja en el plan del libro, que Möhler divide en dos grandes partes. La Primera se titula “Unidad del espíritu de la Iglesia”. La Segunda, “Unidad del cuerpo de la Iglesia”.

La Primera parte, “Unidad del espíritu de la Iglesia”, se divide en cuatro capítulos. El cap. I, “La unidad mística”, estudia aquella “unidad” que es principio de todas las demás: la unidad en el Espíritu Santo, que une a todos los creyentes en una comunidad espiritual. El cap. II, la “unidad intelectual”, considera que dicha unidad mística se traduce en conceptos y dogmas; en sus propias palabras: “la doctrina cristiana es la expresión conceptual del espíritu cristiano”. El cap. III considera las heridas de esta unidad, “La variedad sin unidad”, es decir, la pura multiplicidad que caracteriza la herejía y cuyo origen es el egoísmo: “La herejía nace del mal y se aleja del Cristo verdadero”. El cap. IV, “La unidad en la variedad”, en contraste con el anterior, observa cómo es posible que, aunque “todos los fieles forman una unidad, cada uno conserva sin embargo su individualidad”. De esta manera, la unidad no es uniformidad, y a su vez, la permanencia en el “Todo” de la Iglesia es la garantía para que la diversidad de contrastes (“Gegensätze”) no genere “antítesis” o contradicciones (“Widerspruch”) -es decir, no se haga cismática ni herética-, sino que complemente la unidad.

ocioso enfatizar el interés de este “clásico” de la eclesiología: “Un gran libro, uno de esos raros libros que no consienten ser únicamente hojeados, sino que exigen ser leídos, releídos, meditados y que dejan para siempre en el espíritu una idea simple, pero rica y fecunda, como huella indeleble” (Y. CONGAR, “Autour du renouveau de l’ecclésiologie. La collection ‘Unam Sanctam’”: *La Vie Intellectuelle* 10 [1939] 9-32; *Id.*, *Santa Iglesia* [Barcelona 1965] 464).

² S. LÖSCH, *Johann Adam Möhler, Gesammelte Aktenstücke und Briefe* I (Munich 1928) 252.

La Segunda parte, “Unidad del cuerpo de la Iglesia”, estudia la exteriorización visible de la unidad espiritual. El amor de los creyentes busca expresarse en una persona que le sirve de centro simbólico. Este centro es, en primer lugar, el obispo (cap. I, “La unidad en el obispo”), imagen personificada del amor de la comunidad. A continuación, pone Möhler la función de símbolo y expresión de la unidad en el metropolitano (cap. II, “La unidad en el metropolitano”), sin el cual los obispos individuales no deben tomar iniciativas importantes. Seguidamente, el cap. III considera “la unidad de todo el episcopado”, y, con el episcopado unido, la unidad de todas las Iglesias. Finalmente, la universalidad de los creyentes necesita un centro vital de la unidad, cap. IV, “La unidad en el primado”. De manera que la comunión espiritual se expresa visiblemente en la constitución de comunidades cada vez más universales, con un centro personal de referencia: la diócesis, con su Obispo; la provincia, en el Metropolitano; la Iglesia entera, en torno al Papa como la corporificación universal y visible de la unidad y del amor.

Conviene hacer una importante advertencia previa: para Möhler lo institucional no es una “creación” del Espíritu Santo, sino que es el despliegue visible de *lo dado ya* en Cristo. En ese sentido, las afirmaciones de *La unidad en la Iglesia* deben leerse siempre a partir de lo que el propio autor dice en el *Prólogo* [1]:

“La obra misma que el lector tiene ante los ojos justificará por sí sola si he tenido motivos suficientes para escribirla. Huelga, pues, que me explaye especialmente sobre la ocasión y finalidad de la misma. Sólo unas palabras sobre su disposición. Comienza por el Espíritu Santo. Acaso sorprenda que no haya empezado más bien por Cristo, centro de nuestra fe. Pudiera desde luego haber comenzado contando que Cristo, Hijo de Dios, fue enviado por el Padre, para ser nuestro redentor y maestro, prometió el Espíritu Santo y cumplió su promesa. Pero no he querido repetir lo que es justo dar por sabido, sino entrar en seguida en materia. El Padre envía al Hijo y éste al Espíritu. Así vino Dios a nosotros. Pero nosotros seguimos camino inverso para llegar a Él: el Espíritu Santo nos lleva al Hijo y éste al Padre. Así he querido comenzar por lo que, en nuestra ‘cristianización’, es cronológicamente lo primero. Más pormenores los dará la obra misma”.

“Comienza por el Espíritu Santo. Acaso sorprenda que no haya empezado más bien por Cristo, ... no he querido repetir lo que es justo dar por sabido”. Estas palabras ofrecen la clave hermenéutica del libro. Möhler presupone -da por sabido- la originación histórica de la Iglesia en Jesús. “Möhler -comenta P. Rodríguez- ha percibido que (la) dimensión pneumatológica es cronológicamente ‘lo primero’ desde el punto de vista de la experiencia religiosa del creyente. Möhler aplica a la Iglesia el mismo principio: ir desde la vida ecle-

sial (obra del Espíritu de Cristo) a la comprensión de la institución eclesial (históricamente originada en Cristo); o, según sus categorías, ir 'de dentro hacia fuera', desde el 'principio místico' hacia la realidad visible, institucional. No es el Espíritu Santo quien 'funda' la Iglesia -de esto es consciente Möhler- sino Cristo. Pero lo que Cristo pone como realidad eclesial dada, el Espíritu lo despliega. Podríamos decir que en Möhler hay una 'concentración' cristológica fundacional y una 'dilatación' pneumatológica de esa cristología en la historia³.

Hecha la aclaración, podemos adelantar las dos grandes tesis de *La Unidad* que se refieren al tema que aquí nos ocupa: a) la fuente de la unidad no es una organización jurídica, una liturgia, una moral, o incluso un dogma. Estas realidades son vínculos visibles de unidad, que manifiestan la unidad de una Vida y un Amor, dones invisibles del Espíritu Santo; b) el individuo nada es sin la comunidad; la parte es nada sin el Todo; el cristiano se encuentra como tal en la medida de su integración en la Iglesia, lo que implica juntamente la profundidad de su unión con Dios⁴. En síntesis, en Möhler la forma propia del hombre cristiano es la "vida nueva del Espíritu *in Ecclesia*".

II. CONTEXTO TEOLÓGICO

Para comprender la obra de Möhler en toda su hondura, y alejar a la par equívocos, hay que situarla primeramente, aunque sea de modo breve, en el marco de la reacción del autor frente a la teología racionalista de la Ilustración, que reducía la Iglesia a una sociedad humana de fines éticos y educativos. Además, Möhler quiere superar una visión juricista y apologética de la Iglesia, como sola sociedad jerárquica, herencia ésta recibida de la teología postridentina. En tercer lugar, sus reflexiones responden a la nueva sensibilidad romántica.

1. La teología "ilustrada"

Para el "siglo de las luces" los anteriores habían sido tiempos de tinieblas que preparaban la llegada de la luz de la razón. En 1784, Kant escribía: "La ilustración es la salida del hombre de su culpable minoría... Ten el coraje de

³ P. RODRÍGUEZ, "'La Unidad en la Iglesia' en la teología de Johann Adam Möhler": *Scripta Theologica* 28 (1996) 812.

⁴ Vid. H. SAVON, *J. A. Möhler* (Paris 1965) 43.

servirte de tu propio juicio individual: este es el lema de la Ilustración”⁵. Analizar esta afirmación apartaría lejos de nuestro objetivo. A los efectos que interesan, basten tres breves observaciones.

La visión ilustrada tiene como presupuesto una triple disociación; separación de hombre e historia; de hombre y mundo; de hombre y Dios. Cada hombre ha de ser considerado ante todo como individuo singular que se basta a sí mismo. Debe cultivar una razón independiente de todo influjo social, histórico, o religioso; una razón que, liberada de todo elemento infrarracional, le haga autónomo de la sociedad y de las generaciones precedentes.

Conviene señalar que, desde el punto de vista religioso, el hombre ilustrado no es necesariamente ateo. Pero no es propiamente religioso, sino deísta: el mundo es una gran máquina que Dios ha puesto en marcha, y que lleva su ritmo sin intervención divina, sin vínculo con Dios. En consecuencia - y es importante este punto-, la religión es más bien asunto humano. Deja de ser realmente “religión”: es ética, moral natural, buenas costumbres.

En el ámbito católico la “ilustración” inspiró una teología contagiada de cierto naturalismo, que consideraba la Iglesia como una “sociedad religiosa” que debe ciertamente su origen a la voluntad divina, pero cuyo analogado es, en la práctica, la sociedad humana. El bautismo apenas se reduce a signo legal de pertenencia a esta sociedad. Cristo es el legislador que dispone cómo ha de conservarse la doctrina que la rige. El joven Möhler participó inicialmente de estas ideas, aunque bien pronto las superó⁶.

2. La teología postridentina

La “ilustración católica” incorporaba también la eclesiología postridentina que, en polémica con la idea protestante de la Iglesia invisible y con su interpretación del sacerdocio común de los fieles, subrayaba el elemento visible, jurídico y jerárquico de la Iglesia.

Tal eclesiología, llamada también bellarminiana, no pretendía negar el aspecto invisible y divino de la Iglesia. Si bien Bellarmino describió la Iglesia en términos fuertemente societarios, no pretendía propiamente “definir” la

⁵ I. KANT, *Sämtliche Werke* I (Leipzig 1928) 163.

⁶ “El concepto de Iglesia está bajo el superior concepto de sociedad y, como quiera que en el fin de una sociedad radica su carácter distintivo respecto a todas las otras sociedades, de ahí que la Iglesia en general es una sociedad *religiosa*, ya que su fin es la propagación de la verdad religiosa y el fomento de la santidad y la virtud” (Möhler en el Ms. in 4º Nr. 1, Pliego 1, p. 1, de sus *Lecciones de Derecho canónico*, Biblioteca del *Georgianum*, Munich).

esencia de la Iglesia, sino exponer las condiciones de pertenencia a ella⁷. Pero su acentuación de lo visible y jurídico ocultaba -al menos en la recepción "ilustrada"- la consideración de la Iglesia como *corpus Christi mysticum*, y favorecía en los espíritus ilustrados un deslizamiento progresivo hacia un moralismo racionalista, interpretado con categorías del derecho natural. La descripción de Bellarmino pasará a ser entendida en la teología ilustrada como lo que no era: una definición del ser de la Iglesia. El Cuerpo eclesial, vaciado de su dimensión ontológica, se quedaba reducido a un mero "cuerpo moral".

3. El romanticismo teológico

Frente a la Ilustración, que consideraba en el hombre principalmente la "razón", el Romanticismo sostendrá con fuerza que el hombre es ante todo "vida". La Humanidad no es una abstracción, ni el hombre es una mónada solitaria o una construcción racional *a priori*. El hombre, en su esencia profunda, se encuentra unido a una vida social, a una historia, a un grupo humano; es miembro de una familia, de una estirpe, de una comunidad. Esa comunidad consiste no sólo en los que actualmente la componen, sino que todos los que, antes y después, pertenecen a ella, han sido y serán llevados en una misma onda vital.

De aquí el valor que cobra para el espíritu romántico el vínculo vivo con una comunidad, es decir, la "tradición". El sentido de la tradición es la conciencia del individuo de valores superiores y precedentes a él mismo. En cada individuo está vivo el pasado, que le condiciona, y el futuro, que se prepara. El presente no existe sin relación vital al pasado, sin raíces espirituales. Surge así una visión del mundo, que es una visión de totalidades relacionadas. Todo desarrollo histórico es continuidad a la vez que evolución. La tradición es condición de progreso, y el devenir es vida presentida. La idea de "devenir" domina el nuevo modo de pensar.

⁷ "La Iglesia es la reunión de los hombres sobre la tierra, unidos por la profesión de la misma fe cristiana y la participación en los mismos sacramentos, bajo el gobierno de pastores legítimos y principalmente del Romano Pontífice" (R. BELLARMINO, *De Controversiis*, t. II, lib. III, c. 2). San Roberto "describe evidentemente a la Iglesia como organismo visible, mas no excluye en modo alguno el alma profunda de la Iglesia, donde palpita la vida del Espíritu Santo; Bellarmino mismo, al reaccionar contra la separación calvinista del derecho y de la moral, no dejó de subrayar la naturaleza divina, moral y mística de la Iglesia que, por su origen, su cabeza y el Espíritu Santo que la anima, es esencialmente sociedad de gracia, de amor y de justicia" (CONGAR, *Santa Iglesia*, 399-400).

Möhler transfiere estas concepciones a la teología, pues la religión también existe en el devenir histórico. Para el tuinguense, la historia no es el simple efecto de la libertad –más o menos arbitraria- de quienes nos han precedido, sino el desarrollo de la Humanidad bajo la guía de la Providencia divina. La Historia es un organismo vivo, donde el aparente “desorden” de los sucesos se ordena ocultamente en función de la unidad del conjunto. En la trama de los acontecimientos se revela el Plan de Dios. En la multiplicidad de los fenómenos históricos se plasma la Idea divina, la ley directriz del desarrollo, el principio universal de inteligibilidad al que todo se refiere, que es precisamente Cristo, el centro de la Historia. Por medio del Hijo Encarnado, la Historia consiste en el retorno de la Humanidad al Padre, a partir del principio comunicado por Jesucristo de vida nueva en el Espíritu.

Esa *vida nueva en el Espíritu* es, en su esencia, la Iglesia. La verdadera Idea de Iglesia es la obra interior de Cristo por el Espíritu en los fieles para hacer de ellos un “Todo” vivo en la unidad de la fe y del amor. Este don de la unidad vino dado por Jesucristo con la fundación de la Iglesia. Pero la unidad no está poseída como algo que ya realizase toda su esencia. Si la Iglesia estuviera realizada totalmente en el tiempo, el Cuerpo de Cristo habría alcanzado su plenitud, y la historia habría llegado a su fin. En realidad, el ritmo de la historia muestra una identidad, sí, pero también una distancia entre la Idea-Iglesia y la Iglesia histórica. Möhler quiere probar que la evolución de la Iglesia no ha sido corrupción, sino desarrollo homogéneo, tradición viva, respuesta fiel conducida y animada por el Espíritu, que es el principio invisible de continuidad e identidad de la Iglesia. El catolicismo de las primeras edades cristianas coincide esencialmente con el catolicismo actual por cuanto la Iglesia primitiva era la semilla fecunda de lo que hoy es una gran planta, y entre la semilla y el árbol no hay contradicción ni oposición, sino continuidad vital⁸.

III. EL ESPÍRITU SANTO, PRINCIPIO CONFIGURADOR DE LA IGLESIA

La identidad de la Iglesia en su evolución histórica viene garantizada -lo acabamos de apuntar- por la *presencia activa y permanente* del Espíritu San-

⁸ Möhler exponía ampliamente esta concepción de la historia en el “Prólogo” que preparó inicialmente para *La Unidad*, pero que después abandonó por el actual; cf. ed. GEISELMANN, 326-327.

to, que impulsa el dinamismo de la vida comunitaria. Este es el núcleo del pensamiento möhleriano.

Ante todo, Möhler quiere salir al paso de las ideas naturalistas que excluyen el concurso divino. Por ejemplo, tras el concepto de la Iglesia acentuadamente jerárquica se esconde -piensa él- el principio deísta, como resumía con cierta ironía en su célebre glosa a la obra de Katerkamp: "Al principio, Dios creó la jerarquía y con ello cuidó, hasta el fin del mundo, más que suficientemente de su Iglesia"⁹. A esta Iglesia considerada primariamente desde el hombre y su actividad, opone Möhler la Iglesia gobernada internamente por el Espíritu Santo. "Según la opinión superior y auténticamente cristiana, que domina particularmente en el catolicismo, el Espíritu Santo es el principio que continuamente informa a la Iglesia y la conduce a su fin"¹⁰.

La Iglesia vive de la constante donación del Espíritu. La tercera Persona trinitaria, al ser enviada por el Padre y el Hijo, se comunica a los creyentes y produce en ellos el "espíritu de la comunidad", el "espíritu común" (cf. *La Unidad* § 1, 5 y 7), es decir, un *don espiritual interior*, que constituye el 'principio del catolicismo'¹¹. Este principio o don existe en los cristianos ante todo como apertura a la fe, como una viva inclinación a la confesión de la verdad: "Jesús no considera la confesión de Pedro (Mt 16,16-17) como obra del espíritu humano abandonado a sí mismo, sino que la declara fruto de actividades divinas que operaron sobre el discípulo; y Pablo describe a menudo la fe en Cristo como operación del Espíritu Santo" (§ 1 [1]). El "principio" existe en los cristianos también como inclinación a la vida de comunión fraterna, y se expresa en formas externas: en la tradición viva, que se concreta en fórmulas intelectuales; en el culto; en una organización de la unidad eclesial¹².

Como se ve, el concepto al uso de "sociedad" experimenta en Möhler una fuerte reinterpretación bajo la noción de comunión ("Gemeinschaft") animada por el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el principio interior de la Iglesia y del vivir cristiano. Esta idea tradicional en eclesiología (el Espíritu Santo mora en la Iglesia como su alma o "principium unitatis"), significa en Möhler dos

⁹ *Tübinger Theologische Quartalschrift* (1823) 497.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Ese "espíritu" es efecto de la Persona del Espíritu Santo, como subraya Möhler frente a Schleiermacher en el § 1 del libro: "Esta imagen [la torre o edificación del *Pastor* de Hermas] de que se valió ya Pedro (1 P 2,1), expresa muy bellamente que Cristo anima a los fieles por medio del Espíritu Santo, por el que se traban y unen en un todo, de forma que el espíritu *uno* de los fieles es efecto del Espíritu divino, también *uno*" (§ 1 [4]).

¹² Cf. CONGAR, *Santa Iglesia*, 464.

cosas: el Espíritu *forma e informa* “desde dentro” a la Iglesia en cuanto es *comunión*, y también “desde dentro” en cuanto es *institución*. Consideremos los dos aspectos.

1. *El don del Espíritu Santo como “forma” de la comunión eclesial*

Möhler advierte la originalidad singular de Pentecostés. Entonces el Espíritu Santo –don de Cristo de parte del Padre– descendió sobre la entera comunidad reunida. No sucede como en el Antiguo Testamento, “cuando [el Espíritu] sólo por chispazos y con interrupciones descendía acá y allá sobre algunos individuos”, de modo que se perdía todo en “particularidades”. Ahora, en cambio, el Espíritu ya no abandonará a la Iglesia. No hay nuevo Pentecostés en la Iglesia, por la sencilla razón de que el Espíritu “no se apartaría ya nunca de los creyentes” (cf. § 2 [1]). La Iglesia es la presencia *permanente* del Espíritu que da la Vida.

A partir de Pentecostés, los Apóstoles y el Espíritu quedan íntimamente asociados (cf. Conc. Vaticano II, Decr. *Ad Gentes* n. 4) en la tarea de transmitir el nuevo principio de vida dado por el Espíritu de manera inmediata y de una vez para siempre: “Este principio había de comunicarse *a partir de ellos* [los Apóstoles] dondequiera se diera receptividad para él, de modo que nadie lo recibiría inmediatamente como ellos; la nueva vida que había nacido en ellos, produciría una vida semejante en los otros” (§ 3 [2]). La nueva vida nace en el cristiano de la comunión de los creyentes, y ella a su vez producirá vida igual en los que aún no viven, como en una transmisión por “generación” de la vida divina de quien ya la vive. La tradición es esa corriente espiritual continuamente transmitida en el seno de la comunidad, de manera que la apertura total del ser humano a la Verdad divina se da sólo en la comunión con la Iglesia, pues el conocimiento verdadero de las cosas de Cristo y la vida de comunión son ambos efectos del Espíritu Santo (cf. § 2; § 12). “La verdadera fe, la verdadera gnosis cristiana depende, según la doctrina de la Iglesia primitiva, del Espíritu Santo y su comunicación por la unión con la Iglesia” (§ 4 [1])¹³.

Es evidente la distancia entre esa imagen de la existencia cristiana *in Ecclesia* como una gran “vida común” (cf. § 1), y la sociedad religiosa de individuos aislados, auspiciada por la Ilustración. La Iglesia es una realidad de vida, y de vida comunitaria. El individuo no puede, por sí solo, participar de los bienes de salvación. La salvación cristiana, que es santidad de vida,

¹³ RODRÍGUEZ, 817.

depende de la comunión con los otros. En la Iglesia, cada uno vive siempre del otro y con el otro. Dios no mora donde hay aislamiento y separación (cf. § 27 [2]-[3]; Apéndice XII).

El Espíritu Santo es, pues, el principio invisible y oculto que penetra y domina en la comunidad. Para Möhler, quienes sólo miran lo que aparece de la Iglesia, sin alcanzar su vida íntima, tienen de la Iglesia Católica una idea empobrecida, meramente institucional. La Iglesia no es sólo y en primer lugar –aunque también– un conjunto de instituciones externas (culto, magisterio, constitución) para transmitir al individuo la fe y los sacramentos. Eso supondría que Jesucristo habría mandado a sus discípulos unirse sólo *por fuera*, pero sin crear en ellos la *necesidad interior* de una estrecha conexión. La Iglesia sería en ese caso algo exterior, distinto y en frente de ellos mismos. Sería sólo institución, y no *communio*.

“Si decimos, pues, simplemente que la Iglesia es la institución antes dicha, daríamos a entender que Cristo, por decirlo así, mandó a los suyos que se *congregaran*, pero no excitó en ellos una *necesidad íntima* que los moviera a unirse y mantenerse unidos. La Iglesia, en ese caso, sería antes que los creyentes, pues sólo en ella habrían estos venido a ser tales. Y, de modo general, la Iglesia sería algo distinto de los fieles mismos; algo fuera, como si dijéramos, de ellos” (§ 49 [2]).

Quiere Möhler subrayar que si la Iglesia *solo* se viera como institución –al modo “ilustrado”– sería una visión unilateral: “Sería definir parcialmente (“*einseitig*”) el concepto de Iglesia designarla como una institución o asociación fundada para conservar y propagar la fe cristiana” (§ 49 [1]). La Iglesia es, sin duda, “institución” a la que el Espíritu ha ligado indisolublemente su acción; pero lo es como comunidad que *ha formado el Espíritu mismo*, y que *ha llamado a la vida* al infundir en los corazones de los fieles la fuerza unitiva de la caridad. No es un elemento externo lo que ha unido profundamente a los discípulos; lo que une desde dentro, haciendo surgir la comunidad, es la caridad del Espíritu Santo que los anima en lo más hondo, alejando todo amor propio, atrayéndolos a todos, uniéndolos en una unidad visible, una Iglesia, cuyo vínculo es la caridad (§ 49 [3]).

2. *El don del Espíritu Santo, como “forma” de la institución eclesial*

Pero la Iglesia no es *sólo* una pura comunión de fe y caridad íntimas e invisibles. No sólo concede Möhler que, *junto a* su lado invisible, tiene la Iglesia un lado visible, sino que su empeño es demostrar que lo visible es tan *necesario* a la naturaleza de la comunidad que, sin él, el “principio místico” del Espíritu dejaría de existir en la Iglesia.

Möhlér ilustra esta idea con una analogía con la ley vigente en el mundo: el espíritu está ligado en su existir y obrar al cuerpo, y, si se desprende del cuerpo, ello equivale a desaparecer de este mundo. También el Espíritu Santo obra de esa forma. Si el Espíritu ha de estar en la Iglesia, su modo de hacerlo ha de ser formando un cuerpo, un organismo único, a la vez espiritual y visible, que es la Iglesia. Más concretamente, el espíritu cristiano, que es efecto del Espíritu en el interior de la Iglesia, no tendría verdadero ser fuera de su propio organismo. No haría sino andar errante en manifestaciones dudosas, sin poderse reconocer a sí mismo como espíritu cristiano, ni hacerse reconocer por los otros (cf. § 49 [10]). Dicho de otra manera, para Möhlér no hay cristianismo sin Iglesia.

Pero lo característico de Möhlér es principalmente advertir la profunda implicación entre Espíritu e Iglesia. No se comportan como magnitudes siquiera yuxtapuestas. El Espíritu no dirige la Iglesia desde fuera, “como un cochero a caballo y coche” (cf. Apéndice I). La Iglesia no es simplemente asistida de modo *externo* por el Espíritu Santo, quien habitaría *fuera* del hombre, y se limitaría a operar sobre él. Por el contrario, la organización visible de la comunión procede de la misma profundidad vital del cristianismo, pues se remonta a la caridad del Espíritu que funda la comunión. El Espíritu es el principio vital que forma el cuerpo y los órganos corporales de que necesita (cf. § 49 [12]). La estructura visible de la Iglesia brota desde el interior, pues es la manifestación adecuada de la comunión de los creyentes formada por el Espíritu. Por eso, “la constitución entera de la Iglesia no es otra cosa que la caridad encarnada” (cf. § 64).

Bien entendido que para Möhlér la convocación de los creyentes que el Padre hace por Cristo -eso es la Iglesia- consiste en la donación del Espíritu de su Hijo, que hace surgir “desde dentro” lo que Cristo ha hecho resonar “desde fuera”. A pesar de la manera de expresarse en ocasiones, lo institucional no es -en nuestro autor- una creación *ex novo* del Espíritu, sino que es -lo dijimos ya- el despliegue existencial de lo ya dado desde dentro en Cristo, y por “dentro” entiende Möhlér la conciencia de la Revelación de Cristo comunicada por el Espíritu Santo. Lo de dentro es lo primero y radical, y lo de fuera sigue siempre, porque es manifestación de lo interiormente poseído (cf. § 8)¹⁴.

De ese modo, el Espíritu Santo es también principio o “forma” de la Iglesia en cuanto ésta es “institución visible”. En cuanto visible, la institución es la *communio* manifestada en forma externa o *signo* proporcionado a su ser

¹⁴. Cf. RODRÍGUEZ, 814.

interior. De otra parte, la *communio* así manifestada externamente como institución, es el órgano –instrumento– de la acción saludable del Espíritu. “El Espíritu Santo es el principio –decía Möhler en 1923– que continuamente informa a la Iglesia y la conduce a su fin. Todo lo demás es órgano del Espíritu, medio”¹⁵.

Late en Möhler la relación de lo invisible y lo visible en la Iglesia como articulación de dos dimensiones inseparables: la Iglesia es a par *comunión* y el *sacramento* de la comunión misma. “Por el hecho de llenarla el Espíritu Santo, la totalidad de los creyentes, que es la Iglesia, es el tesoro inamisible, que a sí mismo se renueva y rejuvenece, del nuevo principio vital, la fuente inagotable de que todos se nutren” (§ 2 [1]). La Iglesia es la comunidad maternal siempre renovada: es *communio* generada (*res*) y a la vez “madre” que genera (*sacramentum*).

IV. CONSIDERACIONES FINALES

Tras el fallecimiento de Möhler, su discípulo Franz Anton Staudenmaier recordaba la impresión que *La Unidad* le produjera en su primera aparición: “Sentía júbilo y alegría por la Iglesia, la gran obra de Dios, y daba gracias al cielo de haber nacido en ella. Möhler había penetrado en esta obra divina con espíritu a par profundo y suave, como acaso nadie antes de él”¹⁶. Con el paso del tiempo, el impacto poderoso de Möhler creció progresivamente, hasta poder calificar al teólogo de Tubinga como precursor del Concilio Vaticano II¹⁷. También hoy su obra *La Unidad* puede actualizar elementos permanentes para la comprensión de la Iglesia.

Communio es un concepto fundamental para la inteligencia del misterio de la Iglesia: la Iglesia es comunión¹⁸. Möhler invita a ver en la *communio* lo más profundo de la Iglesia, y a entenderla no desde las fuerzas humanas, sino como efecto del don del Espíritu, que crea la comunión de las personas humanas con las Personas divinas, unidas en el Amor. La comunión se ex-

¹⁵ En *Tübinger Theologische Quartalschrift* (1823) 497.

¹⁶ En *Freiburger Zeitschrift für Theologie* (1845) 493ss.

¹⁷ Cf. H. WAGNER, “Johann Adam Möhler y la teología actual: Revelación-Iglesia-Ecumenismo”: *Scripta Theologica* 28 (1996) 793-808.

¹⁸ El Sínodo de los Obispos de 1985 dijo de la *communio* que era “la idea central de la eclesiología del Concilio Vaticano II” (*Relatio finalis*, II, C, 1). Cf. la obra clásica de J. HAMER, *La Iglesia es una comunión* (Barcelona 1965).

presa en formas orgánicas de caridad y de servicio a la fe y a la unidad. Queda superada la alternativa de “eclesiología jurídica” o “eclesiología de comunión” cuando lo institucional es verdaderamente *signo* de la comunión de la Iglesia e *instrumento* al servicio de esa comunión.

Möhler vincula la ortodoxia de la creencia a la comunión con la *totalidad* de los pastores y de los fieles. El cristiano siempre se comporta “según el todo”, *ut pars*, y aquí estriba el carácter de “católico” frente a las “parcialidades” y los “aislamientos”. El creyente lo es en cuanto miembro de la comunión, que resulta condición de posibilidad de la fe. Solo en la comunión total se halla la Verdad y la Vida; ninguna “parcialidad” agota o expresa lo que la Iglesia cree y vive. La Autoridad tiene como función verificar y juzgar las expresiones de la vida de la verdad en el cuerpo entero de la Iglesia; no es opresiva para la conciencia individual, sino su educadora autorizada, que estimula la comunión de las personas en la unidad de la fe. A los obispos corresponde, como gracia y función propia, discernir en todos los fieles la fe católica, los dones verdaderos de los falsos.

Finalmente, Möhler constituye un autorizado marco de referencia para la corresponsabilidad de todos los bautizados en la Iglesia en sus diversos aspectos: la comunión en la diversidad; la aceptación y respeto de las diferencias en las tareas, vocaciones y ministerios, tanto en la Iglesia universal como en las Iglesias locales; la unidad afectiva y efectiva con los legítimos pastores, puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios.

Estas llamadas de atención sobre la vida fraterna de comunión en el amor como garantía y signo de participar de la Vida y de la Verdad, podrían recobrar hoy su sentido profético.

Resumen.- El Espíritu Santo es el principio interior de la Iglesia y del vivir cristiano. Esta idea tradicional en eclesiología (el Espíritu Santo mora en la Iglesia como su alma o “*principium unitatis*”), significa en Möhler dos cosas: el Espíritu *forma e informa* “desde dentro” a la Iglesia en cuanto es *comunión*, y también “desde dentro” en cuanto es *institución*. Considerado en el plano individual, la forma propia del hombre cristiano es la “vida nueva del Espíritu *in Ecclesia*”. La *communio* para Möhler es efecto del don del Espíritu, que crea la comunión de las personas humanas con las Personas divinas, unidas en el Amor. El creyente lo es en cuanto miembro de la comunión, en la medida de su integración en la Iglesia, lo que implica juntamente la profundidad de su unión con Dios. El individuo nada es sin la comunidad; la parte es nada sin el Todo. Sólo en la comunión total se halla la Verdad y la Vida.

Summary.- *The Holy Spirit is the interior principle of the Church and of the Christian life. This traditional idea in ecclesiology (the Holy Spirit dwells in the Church as its soul or “principium unitatis”), means to Möhler two things: the Spirit forms and informs the Church “from within” in communion as well as institution. Considered in the individual level, the Christian’s own form is*

the "new life of the Spirit" in Ecclesia. For Möhler, communio is an effect of the Spirit's gift, which creates communion among human persons and the Divine persons, united in Love. The faithful exists as member of the communion, the measure of the way of his integration within the Church, which implies the quality of his union with God. An individual is nothing without the community; the part is nothing without the Whole. Only in total communion we find the Truth and the Life.